



XXX

CUANDO despertó D. Paco de su prolongado sueño, el sol se inclinaba ya hacia el Occidente: el día estaba expirando.

Las vacilaciones que habían atormentado á D. Paco volvieron á atormentarle, con mayor fuerza mientras que más tiempo pasaba.

Su fuga del lugar le parecía, y no sin razón, que debía haber sido notada por todos y mirada con extrañeza. A él, que ejercía tantos oficios, le habrían echado de menos en muchos puntos.

Se le figuraba que, como no había pedido licencia á nadie, y como su inusitada desaparición carecía de causa confesada por él, todos sus compatriotas se esforzarían por hallar esta causa y acabarían por suponerla un acto de desesperación ó de despecho. Nadie dejaría de lamentar su fuga si él no volvía al lugar; pero si volvía, la compasión se trasformaría inevitablemente en burla y rechifla.

No quedaría un solo sujeto que no le pregun-

tase con sorna qué había ido á hacer al yermo y por qué le dejaba tan pronto, arrepentido de ser anacoreta. Y los que sospechasen, y no dudaba él de que algunos sospecharían que había querido suicidarse, tomarían á risa lo del suicidio y atribuirían á miedo el que no se hubiese realizado.

Imaginaba él que, vuelto al lugar, no podría sufrir su nueva situación, porque se le figuraría que se mofaban de él cuantos le mirasen á la cara.

Si se fué, dirían, porque había aquí algo que no podía aguantar, ¿por qué vuelve ahora, se resigna y lo aguanta?

D. Andrés, sobre todo, le despreciaría y le escarnecería, allá en sus adentros, calculando que la fuga había sido por lo de los besos á Juanita y que ahora volvía muy resignado á llevarlos con paciencia y hasta á verlos dar de nuevo.

A Juanita misma se la representaba muy afligida por lo pronto, llena de remordimientos porque era ó iba á ser motivo ú ocasión de su muerte y muy inclinada á derramar lágrimas á la memoria de él ó sobre su ignorada tumba, si es que le enterraban y ella sabía dónde y no estaba lejos; pero si Juanita le veía otra vez tan campante, ya en las calles de Villalegre acudiendo á sus ordinarios quehaceres, ya en la tertulia de doña Inés haciendo la corte á doña Agustina, Juanita le tendría por la persona más ruin y cuitada del orbe; Juanita se mofaría de él, y D. Paco se estremecía al pensar sólo en la posibilidad de semejante vilipendio.

Era, si embargo, muy duro matarse sin gana, y sólo para que la gente tome á uno en serio, le compadezca y no le embrome.

Hubo momentos en que si D. Paco hubiera tenido un revólver, acaso en contravención de todos sus preceptos religiosos y de todas sus sanas filosofías, se hubiera pegado un tiro, pero afortunadamente D. Paco no gastaba armas de fuego y no llevaba ni pistola ni escopeta en aquella disparatada excursión que estaba haciendo, perseguido por los celos como por las Furias Orestes. Una vez se le ocurrió encaramarse en la cima de un escarpado peñasco, precipitarse desde allí de cabeza y hacerse una tortilla. Pero, si no quedaba muerto al punto y sólo se rompía un brazo, una pierna ó las dos ¿no le dolería mucho, y quedándose vivo añadiría los dolores físicos á los dolores morales de que había querido libertarse?

Rumiando con amargura todo lo dicho, anduvo D. Paco sin reparar el camino que llevaba, hasta que le sorprendió la noche, oscura como boca de lobo. Ni luna ni estrellas se veían en el cielo, cubierto de densas nubes. Llovía recio y relampagueaba y tronaba.

Nuestro peregrino advirtió con pena que estaba hecho una sopa, y temió que la muerte, que anhelaba y repugnaba al mismo tiempo, pudiera sobrevenirle por la humedad, esgrimiendo en lugar de guadaña reumas y pulmonías.

A la luz de los relámpagos descubrió que había llegado á una extensa nava, entre las cum-

bres de dos cercanos cerros. Había en la nava mucho heno, grama abundante y á trechos intrincados matorrales en que tropezaba ó alta hierba que subía hasta sus muslos, porque no había senda ó porque la había perdido.

De pronto oyó mujidos, y al resplandor fugaz de los relámpagos creyó entrever un gran tinglado ó cobertizo, debajo del cual se movían bultos mujidores que eran sin duda toros bravos, cabestros, becerros y vacas.

—Hombre del demonio—dijo una bronca voz.—¿Qué viene usted á hacer por aquí á estas horas y con esta tormenta tan fuerte?

D. Paco, ocultando el lugar de donde era y sin declarar su nombre, dijo que, yendo de camino, se había extraviado, no sabía dónde estaba y buscaba albergue en que pasar la noche.

El boyero, que era piadoso, movido á compasión por la lamentable voz de D. Paco, salió de debajo del cobertizo, vino á él, le tomó de la mano y le sirvió de guía.

Así dieron ambos buen rodeo y llegaron á una choza bastante capaz, donde, al amor de la lumbre y en torno de una gran chimenea que tenía poco que envidiar á la de doña Inés, aunque carecía de escudo de armas, había otros dos pastores, viejos ya, y un chiquillo de diez á doce años que debía de ser hijo del guía de D. Paco.

En el hogar ardía un monte de leña, con cuyo calor pudo D. Paco secarse los vestidos, porque le ofrecieron y él aceptó un banquillo para que se sentase cerca del fuego.

Apartada de él, sobre un poco de rescoldo y en unas trébedes se parecía una olla, exhalando á través de la rota y agujereada tapadera espesos y olorosos vapores, con no sé qué de restaurante, lo cual produjo en las narices de D. Paco sensación muy grata, porque con tanto andar se le había bajado á los pies el almuerzo. Era lo que había en la olla un guiso de habas gordas y tiernas, con lonjas de tocino y cornetillas pican-tes que habían de hacerle succulento y sabroso.

Los pastores, así como le habían dado techo amigo donde abrigarse de la lluvia y pasar la noche, le ofrecieron también su rústica cena.

El rubor tiñó las mejillas de D. Paco al ir á aceptarla, pero no fué tan descortés ni tan absti-nente que no la aceptase, la agradeciese y aun se aprovechase de ella, compitiendo en apetito con los boyeros.

Sin querer le avergonzaron también por otro estilo: con su leal franqueza. A él, que se ocul-taba y mentía, le contaron cuanto había que contar de la vida de ellos y de sus lances de fortuna, y de los sucesos de la pequeña cortijada, no muy lejos de allí, de que eran naturales. Ponderaron también la ferocidad de los toros que ellos cuidaban, se quejaron de la poca reputación que tenían aún y pronosticaron que al fin habían de abrirse camino hasta la magnífica plaza de Madrid, donde competirían con los de Veragua y los de Miura matando caballos á porrillo y metiendo en un puño los animosos corazones de Lagartijo y de Frascuelo.

Terminadas la cena y la conversación, todos se acostaron sobre sendos montones de hierba seca y durmieron como unos patriarcas.

D. Paco se despertó y levantó al rayar el día, imitando á los que le albergaban. Supuso para salir del paso que iba á Córdoba, y en este supuesto, los boyeros le indicaron el camino que debía seguir.

Se despidió D. Paco mostrándose agradecidísimo, y pronto se alejó de la nava, marchando de prisa por la senda que le habían indicado.

A solas otra vez consigo mismo, los negros pensamientos resurgieron de las profundidades de su alma y volvieron á atormentarle.

Como él reflexionaba mucho, se estudiaba y se sumía en el abismo de su propia conciencia, procuró explicarse el singular fenómeno que en ella se estaba presentando. Entonces creyó percibir que él hasta muy tarde, hasta ya viejo, había empleado y gastado la vida en ganarse la vida, y había carecido, acaso por dicha, de desahogo y de vagar para fingirse primores ideales y ponérselos ante los ojos del alma como atractivo de su deseo. Toda aspiración suya había sido hasta entonces modesta, prosaica y pacíficamente asequible; pero Juanita había venido en mal hora á turbar su calma y á agujinear su fantasía para que remontase el vuelo á muy altas regiones, donde, si bien había más luz, había también tempestades que su alma pacífica y sólo acostumbrada al sosiego apenas podía sufrir.

En resolución, D. Paco vino á creer que la

aparición tardía de lo ideal, casi muerta ya su juventud, y el nacimiento póstumo de aspiraciones que sólo por ella deben ser fomentadas, era lo que le traía tan desatinado, tan infeliz y tan loco. Volver al lugar en aquel estado de ánimo, con menos pretexto para volverse que el que había tenido para irse, le haría sin duda objeto del escarnio de todos sus amigos y conocidos, como no hiciese la atrocidad de matar á dos ó tres, y él, que era blando de condición, se consideraba incapaz de ello. Por otra parte, y mientras en Villalegre permaneciese, juzgaba él que sería ya inútil para todo y que no valdria ni para secretario del Ayuntamiento, ni para consejero de D. Andrés, ni para colaborador del escribano, ni para pasante de los abogados Peperris.

En consecuencia de estos no articulados discursos decidió algo al cabo: decidió desterrarse para siempre de su patria é ir á otras villas ó ciudades en busca de reposo y de mejor fortuna.

Sólo así lograría curarse de su amor por la pícara é indigna Juanita, hacer pie y caminar por lo firme, en vez de ir por las nubes ó de nadar por el éter, y sin matarse y sin matar á nadie, sino siendo útil al prójimo, ser de nuevo respetado y querido de las gentes.

Ya que los boyeros le habían indicado el camino para ir hacia Córdoba, D. Paco, menos alborotado que el día antes, siguió en aquella dirección, pues camino no había. Las estrechas sendas eran muchas, y él á la ventura las tomaba, sólo procurando huir de la vista de todo ser hu-

mano porque aún tenía vergüenza de que le viesen.

Ora andando, ora parándose á reposar, se le pasó todo el día y llegó su segunda noche de vagabundo.

No sabía dónde se hallaba, pero creyó que se despertaba en él una vaga reminiscencia de aquellos sitios. Era una dilatada dehesa ó coto, donde había de haber abundancia de conejos y liebres. El terreno era quebrado y cubierto de matas ó monte bajo. Sólo á trechos descollaban algunos pinos, hayas y encinas.

Pronto la oscuridad lo envolvió todo. Aunque no llovía, estaba muy nublado, y él distinguía confusamente los objetos. El silencio era profundo. Le rompía sólo, de vez en cuando, tal cual ráfaga de viento suave que agitaba las hojas, ó alguna liebre que brincaba ó atravesaba corriendo por entre las matas.

No sé cómo reconoció ó creyó reconocer don Paco que se hallaba en aquel momento más cerca de Villalegre; que se hallaba á menos de dos leguas de distancia, en un coto, propiedad de don Andrés y donde D. Andrés solía venir á cazar.

Se confirmó más en esta idea al ver de pronto una lucecita que á cierta distancia brillaba en las tinieblas, según sucede á menudo á los niños cuando en los cuentos de hadas se extravían en un bosque.

D. Paco era valeroso y no propendía, sin ser incrédulo, á recelar frecuentes y medrosas apariciones de vestiglos, de almas del otro mundo ó

de otros seres sobrenaturales. En aquella ocasión, sin embargo, tuvo su poquito de miedo, pero le venció y caminó resuelto y derecho hacia la luz para ver lo que era.

Se había fundado su miedo en que reconoció que la luz salía de la casilla del viejo guarda del coto, el cual había muerto la vispera de la salida de D. Paco de Villalegre, y era muy poco probable que D. Andrés hubiese nombrado en seguida á otro guarda para donde apenas había cosa que guardar. La casilla, en opinión de D. Paco, tenía que estar desierta. ¿Quién había encendido luz y estaba en la casilla? ¿Sería el alma en pena del viejo guarda, que tenía fama de haber sido más que travieso en sus mocedades y hasta bandolero acogido á indulto?

D. Paco se armó de valor y se dirigió á averiguarlo, contento de tropezar con una aventura que de sus desventuras le distrajese.



XXXI

SIN hacer ruido, llegó D. Paco á la casilla y vió que la puerta estaba cerrada con cerrojo que había por dentro. La luz salía por un ventanuco pequeño, donde, en vez de vidrios, había estirado un trapo sucio para resguardo contra la lluvia y el frío. Con el estorbo del trapo no se podían ver los objetos de dentro; pero D. Paco se aproximó y reparó en el trapo tres ó cuatro agujeros. Aplicó el ojo al más cercano, que era bastante capaz, y lo que vió por allí, antes de reflexionar y de explicárselo, le llenó de susto. Imaginó que veía á Lucifer en persona, aunque vestido de campesino andaluz, con sombrero calañés, chaquetón, zahones y polainas. La cara del así vestido era casi negra, inmóvil, con espantosa y ancha boca y con colosales narices llenas de verrugas y en forma de pico de loro. D. Paco se tranquilizó, no obstante, al reconocer que aquello era una carátula de las que se ponen los judíos en las procesiones de Villalegre.

El enmascarado guardaba silencio y estaba sentado en una silla, apoyados los codos en una vieja y mugrienta mesa de pino.

En otra silla estaba enfrente otra persona en quien reconoció al punto D. Paco á D. Ramón, el tendero murciano de su lugar, el hombre más rico después de D. Andrés y el más desaforado hablador que por entonces existía en nuestro planeta.

D. Ramón era pequeñuelo, viejo y flaco, pero tenía mucho espíritu y agallas y no se acoquinaba por poco.

Notó D. Paco que tenía las manos atadas con un cordel á las espaldas, y dedujo que le habían llevado allí y que le retenían por violencia. Pronto las mismas palabras del tendero murciano, tan pródigo de ellas, confirmaron la deducción de D. Paco.

—Hombre ó demonio—decía,—quien quiera que seas, apiádate de mí y no me atormentes sin fruto. ¿Cómo había yo de imaginar, al volver esta tarde desde mi casería al pueblo, que no dista más de un cuarto de legua, que había de topar contigo y con tu compañero, emboscados entre las mimbreras del arroyo del Hondón, y que me habíais de traer por fuerza á este lugar? Yo no sospechaba que hubiese secuestradores en el día, y caminaba muy seguro. Convéncete, hombre, la ganancia que habíais de hacer ya la habéis hecho. No tratéis ahora de lograr más ganancia. La codicia rompe el saco. A mí me mataréis, pero también á vosotros os darán garrote.

El enmascarado persistió en su silencio, y á lo del garrote sólo respondió con un ronquido, especie de interjección que en aquella tierra se usa. D. Ramón continuó:

—No acierto á explicarme por dónde llegásteis á averiguar que acababa yo de vender mi mejor vino á los jerezanos y que llevaba 12.000 reales en el bolsillo. Pero, en fin, ya tenéis los 12.000 reales. ¿Por qué no os contentáis? Valiéndos de ese tintero de cuerno que traíais preparado me habéis hecho escribir á mi mujer para que entregue 2.000 duros si no quiere que me ahorquen.

—Y te ahorcaremos y te descuartizaremos como no los entregue—dijo el enmascarado con voz disimulada y extraña.

—Pues bien podéis ahorcarme y descuartizarme ya, sin seguir moliéndome, porque mi mujer, ¡y vaya si la conozco! antes que entregar los dineros entregará mi vida y la de todos sus parientes, aunque nos quiera y nos llore después á moco tendido. Oye, ¿has visto tú la tragedia de Guzmán el Bueno?

El enmascarado no dijo que sí ni que no; se limitó á dar otro ronquido. D. Ramón continuó:

—Pues Guzmán el Bueno para no entregar á Tarifa envió á los moros un cuchillo con que degollasen á su hijo muy amado. Los dineros son la Tarifa de mi mujer y no los entregará aunque me degolléis. Lo que no hará tampoco, echando con esto la zancadilla á Guzmán el Bueno, es el gasto inútil de enviaros el cuchillo, aunque sea

el peor de la cocina. Ya le tendréis vosotros, sin que ella le envíe, para abrirme una gatera en las tripas. Pero seamos razonables: ¿qué vais á conseguir con eso? Compadécete de mí. Mira también por tí y no seas imprudente. Hará ya dos horas que mi mujer me habrá echado de menos, y aun antes de recibir la carta que lleva tu compañero, y no sé cómo ni quién pondrá en sus manos, habrá armado ella una revolución en el lugar, habrá tocado á rebato, y la pareja de Guardia civil y muchos criados míos andarán ya buscándome. No tientes más á Dios. Ponme en libertad. Déjame ir en mi mulita, y yo te lo pagaré si no quieres aguardar á que Dios te lo pague.

El enmascarado siguió sin contestar, aunque dando más ronquidos.

—¿No oyes que yo te lo pagaré? Sobre los doce mil reales que tú y tu compañero os habéis repartido, yo puedo darte hasta otros ocho mil si me dejas libre.

—¿Y cómo?—dijo entonces el enmascarado.—¿Dónde llevas escondidos esos ocho mil reales?

—No seas tonto, hijo mío, no seas tonto. ¿Dónde quieres que los lleve? Yo no tenía más que lo que ya habéis tomado, pero tengo un medio seguro de recompensar tu buena acción.

—¿Y cuál?

D. Ramón titubeó entonces. El deseo de seducir al de la carátula y salir pronto de aquel mal paso, satisfaciendo su afán de hablar, de contarle todo y aun de lucirse, porque era muy jactancioso, luchaba en su alma con el temor de

empeorar la situación en que se hallaba, sobreexaltando la codicia del bandido.

La manía de hablar pudo más al fin que toda otra consideración juiciosa, y D. Ramón explicó que había un ingenioso procedimiento por cuya virtud tenía él y ponía dinero donde le daba la gana. Bastaba para ello que él escribiese en un papelito determinada cantidad, diciendo *páguese* y firmando. Cualquiera persona que llevase este papelito en la faltriquera, bien podía estar segura de que era como si llevase la cantidad expresada.

D. Ramón, impulsado por su locuacidad y su fachenda, no supo lo que se dijo... Su explicación de lo que era *check* ó libranza al portador entusiasmó al bandido, el cual le mandó al punto con amenazas que allí mismo, y en el acto, por valor de dos mil duros, le escribiese y le firmase un *check*.

El tendero murciano conoció la tontería que había hecho, pero conoció igualmente que tenía fácil enmienda, y explicó al de la carátula que los papelitos que allí escribiese y firmase ningún valor tendrían, porque habían de ir, para que valiesen, en hojas dispuestas de cierto modo y arrancadas de un librejo que él se había dejado en casa.

Nada le valió, con todo, para apaciguar al de la carátula. O por poner en duda que fuesen indispensables tales hojas ó por despecho de que se las hubiese dejado en casa y no las trajese allí, el bandido, sin atender á razones, y diciendo re-

petidas veces, escribeme el papelito, se puso á maltratar á pescozones al infeliz maniatado.

D. Paco no pudo sufrir más, fué corriendo á la puerta de la casilla, por fortuna vieja y desvencijada, y descargando sobre ella con todos sus bríos, un diluvio de patadas, de puñetazos y garrotazos, consiguió en pocos segundos arrancarla de los goznes y derribarla por el suelo con estrepitoso sacudimiento que hizo retemblar las paredes.

El bandido se sobrecogió de terror porque imaginó al principio que el viejo guarda, ó lleno de envidia por la ventura que otros iban á lograr, ó enojado porque le profanaban su mansión donde el día antes había estado todavía de cuerpo presente, venía ahora capitaneando una legión de demonios para llevarse al infierno. ¿Qué criatura mortal podía aparecerse á aquellas horas y en tan apartado sitio?

El bandido, no obstante, se recobró del susto y acudió á la defensa.

Echó mano del trabuco, que tenía en un rincón de la estancia, y fué al cuarto contiguo donde había caído la puerta y estaba la entrada. Allí apenas se veía, porque la única luz era la de un candil atado en la otra estancia á una tomiza que pendía de una viga del techo; pero el de la carátula vió el bulto de un hombre que se precipitaba sobre él, y le dijo:—¡Ténte ó mueres!—y le apuntó con el trabuco.

Todo ello fué con rapidez maravillosa.

D. Paco estaba ya casi encima del bandido, y

al mismo tiempo que éste disparaba, le sacudió tan tremendo garrotazo en el brazo izquierdo, que le hizo soltar el arma y dar con ella en el suelo.

El tiro salió antes, pero, torcida ya la dirección, las postas, sin tocar á D. Paco, fueron á agujerear el muro.

El de la carátula retrocedió para evitar nuevo golpe; y, aunque magullado por el que había recibido, sacó de la faja que rodeaba su cintura una truculenta navaja de Albacete, de las de virola y golpetillo, de las que llevan la inscripción

Si esta vibora te pica
no hay remedio en la botica,

la abrió con el temeroso ruido que produce la rodaja al encajar en el muelle, y se lanzó otra vez sobre su adversario, pero el bandido estaba ya falto de serenidad y quebrantado por el dolor del primer golpe. No supo ser certero y en balde abanicó el ambiente con su mortífero instrumento.

D. Paco, sereno y decidido, se apartó á un lado, brincó y salvó el bulto y sacudió otra vez tan fiero garrotazo en los lomos del de la carátula que le hizo caer en el suelo boca abajo. Tendido ya en el suelo el bandido, D. Paco se ensañó algo, y sin compasión le dió cuatro ó cinco palos más.

Como no se quejaba ni rebullía, D. Paco le creyó muerto. Se agachó, no obstante, con precaución y le quitó de la mano la navaja.

En seguida llegó D. Paco á donde estaba don

Ramón, que le reconoció y con viva efusión le dió las gracias.

D. Paco desató el cordel que tenía á D. Ramón amarrado.

—Alúmbreme usted con el candil—le dijo.—
Voy á ver si ha muerto ese hombre.

A la luz del candil se llegó D. Paco al que estaba boca abajo tendido por el suelo y le puso boca arriba. La carátula se le había caído.

D. Paco y D. Ramón se quedaron absortos al reconocer á Antoñuelo.



XXXII

POR dicha no había recibido ningún garrotazo en la cabeza; pero estaba derrengado, molido y lleno de contusiones.

Seguro ya de que vivía, y por instigación del tendero murciano, que no se aquietaba hasta recobrar, en parte al menos, el dinero robado, D. Paco registró á Antoñuelo y le encontró cuatro mil reales, que devolvió á su dueño.

Los otros ocho mil se los había llevado el compañero de Antoñuelo, el cual, por director y maestro en el arte, había tomado doble porción de botín.

Antoñuelo sentía agudos dolores; no formulaba palabra alguna, pero lanzaba gemidos lastimeros.

D. Paco se apresuró á salir de allí, volviendo cuanto antes al lugar con el libertado y el vencido.

La poderosa mula de D. Ramón, aparejada aún con muy cómoda y ancha albarda, se hallaba en un corralejo ó pequeño cercado contiguo á la casilla.

Sacó D. Paco la mula, hizo que montase en ella su dueño, y levantando después á Antoñuelo, que apenas se podía mover, y llevándole en peso con alguna dificultad, le plantó á las ancas. Él cargó luego con el trabuco y la navaja, trofeos de su victoria, y echando delante la mula y su doble carga, se dirigió hacia el lugar.

Al ir caminando daba infinitas gracias á Dios porque le había puesto en ocasión de castigar un delito y de evitar otros mayores y porque le había proporcionado un medio de volver á la patria con justo motivo y sin ningún sonrojo.

Aunque caminaron despacio, llegaron al lugar entre una y dos de la noche, sin hallar á nadie en el camino.

Inquieto D. Andrés por la suerte de D. Paco, había enviado en balde á muchas personas para que le buscasen. También la tendera había enviado gente en busca de su marido. Todos con mal éxito se habían vuelto al lugar antes de media noche.

Cuando mucho más tarde entraron en él don Paco y su comitiva, los villalegrinos estaban durmiendo.

D. Paco, procurando y logrando no llamar la atención, dejó á Antoñuelo á la puerta del herrador, su padre. Libre ya D. Ramón del poco agradable socio de montura, se despidió de don

Paco con nuevas y fervorosas manifestaciones de gratitud y se largó á su casa.

D. Paco se fué á reposar á la suya.

Como el médico estaba viejo y averiado y tenía no poco que hacer, D. Policarpo ejercía también, con consentimiento del médico, la medicina y la cirugía. El herrador le llamó al punto para que curase á su hijo.

D. Policarpo le atendió muy bien y pronosticó que le curaría pronto, porque sus contusiones, si bien en extremo dolorosas, no eran de peligro ni daban que temer por su vida.

Apenas amaneció, D. Policarpo, sabedor de que D. Andrés estaba inquietísimo por la suerte de su amigo ó como si dijéramos de su ministro, fué á casa del cacique, que se despertaba con el alba y le pidió albricias y le dió la buena nueva de que D. Paco había parecido. Como el boticario sólo había visto al magullado Antoñuelo y no sabía bien lo ocurrido, hizo su composición de lugar, y fantaseó y dijo á D. Andrés que entre D. Paco y Antoñuelo había habido una muy reñida pelea, sin duda por los bellos ojos de Juanita; que la pelea había sido en mitad del campo, durante la noche; que D. Paco había quedado ileso y que el pobre Antoñuelo estaba tal, que se le podían comer con cuchara, pero que él, con su ciencia y sus cuidados, le sanaría muy pronto.

D. Andrés holgó mucho de que hubiese vuelto sano y salvo el secretario del Ayuntamiento, que le era utilísimo y á quien profesaba más amistad que á nadie.

No por eso quiso llamar á D. Paco ni ir á verle en seguida, turbando el reposo de que sin duda había menester; pero no creyó en el duelo ó pendencia que D. Policarpo había supuesto y contado.

D. Andrés, aunque muy estimulado por la curiosidad, se armó de paciencia y de calma y aguardó dos ó tres horas antes de dar un paso para descubrir lo cierto.

Bien sabía él que el mayor amigo y confidente de D. Paco era el maestro de escuela, y á eso de las ocho, cuando ya la escuela había empezado y D. Pascual debía de estar en ella, D. Andrés le envió á llamar á su casa.

El mozo que llevó el recado volvió diciendo que D. Pascual había salido al rayar el alba, que no había vuelto aún, que los niños estaban dando lección con el ayudante, y que no bien volviese D. Pascual y supiese que D. Andrés le llamaba, iría á verle al punto.



XXXIII

DON Paco, después de vagar en la soledad por espacio de dos días y después de tantas penas, emociones y lances, anheló para desahogo confiarse por completo con alguien. ¿Y con quién mejor que con el maestro de escuela, hombre de bien, sigiloso y tan excelente y desinteresado amigo, primero de Juanita y de él más tarde?

La mujer del alguacil fué, pues, á llamar á don Pascual de parte de D. Paco.

D. Pascual vino y D. Paco se lo contó todo. No le dió ninguna comisión ni embajada para Juanita; pero D. Pascual, por una benévola usurpación de atribuciones y de empleo, se declaró él mismo y se nombró embajador, se fué á ver á Juanita que, desvelada y triste, se acababa de levantar, y le refirió con fidelidad minuciosa los furoros y penas de D. Paco, sus celos, su desesperación, sus propósitos de suicidio ó de extrañamiento perpetuo, y por último el combate de la casilla, el delito de Antoñuelo, los golpes que